

---

## VISITACION DE MARÍA.

---

### DISCURSO I.

*Pertransiit benefaciendo.*  
Ha ido haciendo bien por todas partes.  
(HEBR. X, 38.)

Entre los oráculos con que los Profetas de Sion consolaban á las personas afligidas, se contaba aquel de que el esperado de los siglos, el suspirado de todos los tiempos, y el deseo de los Collados eternos sería generoso dispensador de universales beneficios. En efecto; veían la tierra regada por rios caudalosos, reverdecer ufanas plantas en las arenas del desierto, y derramarse miel y leche de las peñas; y poniendo en armonía el sonido de sus cítaras con el de las cítaras de ángeles conmovían de gozo al Libano y al Carmelo. Y en verdad, que debía regocijarse la region desierta é intransitable, y florecer como lirio la soledad; si debían cobrar fuerzas las manos flojas y vigor las rodillas débiles, si en los collados y en los valles debía sonreír, brillando la luz de la alegría, los muchos beneficios, de que eran como símbolos y figuras los expresados sucesos, no podían ménos de infundir consoladoras esperanzas en el ánimo de los pobres y de los afligidos. Estas esperanzas no fueron vanas, puesto que Jesucristo con su venida, al mismo tiempo que acababa la prevaricación, borraba la iniquidad, y se aparecía la justicia sempiterna, derramaba tantas gracias, que sus pasos iban acompañados siempre de continuos beneficios: *Pertransiit benefaciendo.*

Bajo este mismo aspecto debe considerarse á María. Destinada para concebir y llevar el Salvador en sus entrañas, Ella, desde el principio, retrató en sí misma el divino modelo, de suerte, que su vida, más que la de otra criatura cualquiera, fué semejante en un todo á la del Hijo. Así como Jesucristo fué anunciado como generoso

dispensador de beneficios universales, también generosa dispensadora de universales beneficios apareció María; y así como Jesucristo debe ser llamado con toda propiedad bienhechor universal, también debe llamarse con toda razón bienhechora universal á María. Paso ahora en silencio muchos hechos que confirmarían admirablemente esta dulce verdad, pero en la alegría de la festividad de hoy no puedo ménos de invitaros, hermanos míos, á considerarla en el misterio de la Visitación de María. En efecto; se ve en él tan claramente y con tanta magnificencia, que María es la generosa dispensadora de los más preciosos beneficios, que no se tiene necesidad de otros argumentos para saludarla, juntamente con la pública devoción, como la Madre de las gracias. Contempladla vosotros mismos, bella con toda celestial belleza, llena de toda gracia divina, objeto de particular complacencia á los ojos del Señor, elegida para ser la Madre del prometido Redentor de los hombres; consideradla vosotros mismos en su visita á Elisabeth, y sin otra razón, debereis decir de María, como se ha dicho de Jesucristo, que sus pasos fueron señalados por continuos beneficios. Antes, empero, saludémosla con el Arcángel. A. M.

Quando María dió su consentimiento á la divina Maternidad, fué colmada de una abundancia infinita de gracias habituales y actuales. Entónces el Espíritu Santo descendió sobre Ella; entónces la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, y el Verbo eterno se hizo Hijo suyo. Pero, si María, ántes del día en que dió su consentimiento á la divina Maternidad, era ya llena de gracia; si ántes de aquel día era ya la celestial paloma con el ramo de la gracia y de la paz, el Iris sereno en medio de las tempestades, y el Arca más incorruptible que el oro y el cedro empleados para fabricarla; si era ya más candorosa que el lirio, y más suave que la rosa aquella de la cual dijeron tantas cosas los salmos de David y los libros de Salomon; ¿qué nueva afluencia de virtudes podía recibir? San Bernardo asegura, que ántes de dar su consentimiento á la Maternidad divina era llena de gracia, de modo, que el Arcángel la saludó como llena de gracia ántes de que hubiese dado su consentimiento; pero, que descendido ya en Ella el Espíritu Santo y hecha Madre de Dios, llena de gracia para sí misma, quedó también llena de gracia para nosotros (1).

Sentada esta verdad, debemos decir, que en María, una vez prestado su consentimiento á la Maternidad divina, crecieron ardentísi-

(1) S. BERN. serm. de Assump.

mas las llamas del amor santo, puesto que el santo amor es siempre relativo á la gracia; y, por consiguiente, que aquel amor que la abrasaba por la gloria de Dios, la abrasó tambien en provecho del hombre. Por esta razon, los venerables Padres de la Iglesia la llamaron con los nombres más dulces, y la aclamaron con los más tiernos títulos. Por haber sido constituida ministra de la restauracion humana, María fué llamada la paz del mundo (1); el bien de la descendencia de Adán (2) y la medicina de la tierra (3). Porque declarada mediadora entre los hombres y Dios, María fué saludada como puerto de salvacion (4), puerto de los náufragos (5) y arca de socorro en medio de las devastadoras olas de la tempestad (6); por ser nuestra Abogada y nuestra Madre, María fué considerada como maestra de las naciones (7), correctora de Eva, riqueza en medio de nuestras miserias (8), auxilio y propiciacion en medio de nuestras desventuras, aquella que aterra el Infierno, aplasta los demonios y salva la humanidad.

Ya que María en los mismos momentos en que dió su consentimiento á la divina Maternidad, asociada á los destinos reparadores de Jesús Salvador, ardió en inmensa caridad para sanar las heridas del género humano; ¿de qué manera cumplió su generosa y noble mision? Apénas oye la voz de Dios, emprende un viaje, deja su casa, abandona la tranquila soledad de los pátrios lares, se desprende hasta de los dulcísimos gozos de la contemplacion, marcha por ásperas sendas y montes desiertos; con lo cual manifiesta, que no tiene otro deseo que derramar las gracias de que está llena en provecho del prójimo, que no suspira sinó por dispensar en bien de aquellos, que reconoce como hijos tiernísimos, los dones de que es generosa dispensadora.

Se había verificado la promesa que un ángel hizo á Zacarias, de que su mujer pariría un hijo. María, que moraba en Nazareth, sabida la noticia por el mismo celestial mensajero que le había anunciado la divina Maternidad, se dirigió á la montaña para visitar á su amada prima. Nosotros, que la encontramos siempre alejada del mundanal tumulto, y formar sus delicias en la soledad; nosotros que la vemos siempre pronta á unirse más íntimamente con el Amado de su

- (1) S. EPIPHAN. Orat. de Laud Virg.
- (2) S. GREG. NAN. Or. de Chris. pat.
- (3) S. BONAVENT. in Carm.
- (4) S. ANSELM. de Prec. ad Virg.
- (5) S. BONAVENT. in Carm.
- (6) S. BERN. de ver. Apoc.
- (7) S. AUGUST. Serm. 6 de Temp.
- (8) Serm. Const. in Ev. Virg.

corazon, la contemplamos ahora saliendo de su casa, exponiéndose á los peligros de un fatigoso viaje, y buscando el trato social. Considerad, hermanos míos, esta conducta tan opuesta á la que hasta entonces había observado, y no podreis ménos de descubrir en Ella á la dispensadora de las gracias.

Y por de pronto, decidme: ¿cuándo María abandonó su casa para visitar á Elisabeth? Cuando en un éxtasis amoroso había ya pronunciado el altísimo consentimiento suspirado por todos los siglos, y en sus inmaculadas entrañas se había cumplido el misterio de la Encarnacion del Verbo. Por consiguiente, en un tiempo en que llevaba en su casto seno al Salvador del mundo, al Criador del Universo, al Dios de la eternidad; en un tiempo, en que tenía en sí misma la causa, el principio y el origen de todo bien, de aquel bien que constituye la verdadera felicidad; en un tiempo, en que Ella alimentaba con la propia sustancia y acrecentaba el cuerpo del Hijo del Altísimo hecho Hijo suyo, Ella deja su soledad, su retiro, su recogimiento, y se dirige por los caminos de Hebrón, hácia la montuosa morada de Zacarias. ¡Ah! apénas se ha encarnado el Verbo, no quiere permanecer ocioso, quiere practicar el oficio de Redentor, pues, reducido por milagro de infinito amor á una incomprensible dependencia, y no pudiendo moverse por sí mismo, encerrado como está en las purísimas entrañas de la Madre, procura difundir de otro modo sus beneficios y sus misericordias. Así, pues, habla al corazon de María con secretas insinuaciones, impeliéndola á llevarle á una casa, donde se cumplieran los mas grandes prodigios; y María, que había colocado toda su gloria en llamarse la esclava del Señor, á fin de que no se retarden por un solo instante los preciosos bienes y brillen cuanto ántes los prometidos días de gracias, se levanta al primer impulso y se pone en camino.

Hé ahí porque emprende un penoso viaje la púdica Virgen de Nazareth. Si sale de su casa tan luego como el arcángel le hubo anunciado sus maravillas y las de su prima Elisabeth, no fué porque dudando del oráculo hubiese querido enterarse por sí misma respecto de aquel hecho extraordinario, ni porque llena de su gloria buscase testimonios y admiradores del prodigio obrado en Ella, ni porque agujoneada por la curiosidad quisiese ver con los propios ojos la inesperada fecundidad de una mujer tan anciana y estéril. Un sentimiento más noble la anima, una idea más sublime la impele: es la caridad, que la hace salir de casa; es la caridad que la induce á ponerse en camino.

Pero, ¿quién podría decir cuanta fué esta caridad de María? ¿Qué elocuencia sería capaz de poner en evidencia los sentimientos que latían en su corazón? ¿Qué hombre ó que ángel se hallaría en el caso de revelar los ardientes afectos que le agitaban el alma? No faltó quien lleno de sabiduría y de amor consagrarse todos sus estudios en tratar este magnífico asunto; pero se vió obligado á exclamar, que era una obra superior á toda humana inteligencia. De todos modos, debiendo yo decir algo sobre el mismo asunto, procuraré hacer algunas consideraciones, que podrán, en cierto modo, llevaros al examen de la caridad de María en su visita á Elisabeth.

Caridad esforzada.—María, que se turbó á la presencia de un arcángel, hoy no teme confundirse en el tumulto de las calles. Nada la estorba, nada la entretiene; ni lo largo del camino que debe recorrer, ni la aspereza del viaje á que debe exponerse, ni los montes que debe atravesar, ni su mismo estado, que exigía el mayor recogimiento. Virgen de quince años, débil, tímida, delicada y pasando la vida siempre en lo más recóndito de un solitario aposento, no le falta valor, hasta el punto de andar á pié, trepar por precipicios, y atravesar valles. ¿Cómo se explica? Qué es lo que la infunde tanto vigor en el alma? ¿qué cosa...? Es la caridad, hermanos míos, que la impulsa; y movida por la caridad, saca de ésta las fuerzas necesarias para la misión que ha de cumplir.

Caridad solícita.—María, para trasladarse donde se tiene necesidad de sus beneficios, no aguarda un tiempo más propicio, ni una ocasión más oportuna: apenas sabe por el arcángel el preñado de su prima, se apresura impaciente, no tanto para ver la esterilidad fecundada en la venerable matrona, como deseosa de comunicar al prójimo las misericordias de que Dios la constituyó depositaria. Sabiendo que el Hijo del Altísimo ha descendido del Cielo para socorrer á los hombres, quiere imitar su ejemplo; y no ignorando que lleva en su seno al autor de toda gracia y de todo bien, desea hacer partícipes de ella á la dichosa familia en que tendrá vida el Precursor del Nazareno.

Caridad humilde.—María era ya Madre de Dios, porque dado su consentimiento á la obra de la Encarnación, el Espíritu Santo la había cubierto con su sombra, el Verbo se había hecho hombre en sus entrañas, y Ella había sido elevada á tanta grandeza, cuanta contenía la Maternidad divina. Por eso debía considerarse como un abismo de gracias, como un océano de gloria, como un mundo de riquezas sublimes, como la obra maestra de la creación, como el honor del Cielo

y de la tierra, como la Reina de los hombres, de los ángeles y de todo el Universo. Y hé aquí que elevada á tal altura y constituida en tal dignidad, solo piensa en humillarse. En su visita á Elisabeth nosotros vemos á la Señora, que corre hácia la sierva; á la Reina, que se presenta delante de la esclava; á la Madre del Hijo de Dios, que previene á la madre del Hijo de Zacarías; á la Dominadora del mundo y la Soberana del Paraíso, que se adelanta la primera hácia aquella, cuyo nombre era citado con una especie de oprobio por la sufrida esterilidad. ¿Qué es, pues, lo que induce á María á olvidarse de su grandeza? ¿qué es lo que le llama tanto la atención que no piensa en sus glorias?... Hermanos míos, es la caridad que la enciende, la inflama, la posee enteramente; y mueve de tal suerte á la Virgen, que la primera en grandeza es también la primera en humildad.

Caridad generosa.—Para tributar un acto de afectuoso obsequio á su anciana parienta, María no hace lo que hubieran hecho en ocasión parecida las damas más aristocráticas y las reinas más galantes del mundo. Estas, todo lo más, enviarían á la persona que quisieran favorecer, alguna doncella, algún diploma, algún socorro, algún título ó alguna otra prenda de su protección. María no manda heraldos, no envía diplomas, ni ofrece de lejos prendas de patrocinio; sino que se pone en camino, atraviesa los montes de la Judea, sacrifica las conveniencias de la propia dignidad, corre velozmente para prestar piadosos oficios, para asistir y servir á una mujer, que por títulos de grandeza que reuna es infinitamente inferior á Ella. Verdad es, que Elisabeth era la madre del Precursor de Cristo; pero lo es también, que María era Madre del mismo Cristo. Ciertamente que Elisabeth era madre de un enviado del Señor, como luz para preparar los ánimos á recibir la redención; pero lo es también que María era Madre de Aquel, que es autor de toda luz, verdadero sol de justicia y clementísimo Redentor universal. Ahora bien; ¿de qué modo, por qué consejos la Reina se apresura á visitar á la súbdita, y la Madre de Dios corre á asistir á la madre de un hombre? Sabed, amados hermanos, que la caridad es oficiosa, amorosa y benigna, y comprenderéis el motivo por el cual María, aunque muy superior á Elisabeth, no se desdeña de practicar los más humildes ministerios, ocupando su edad juvenil en provecho de su prima, en los ejercicios más repugnantes á la naturaleza, y en las fatigas más penosas.

Y esto es, precisamente, lo que hace admirable la visita de María á Elisabeth. ¡Oh amistades de la tierra! ¡oh afectos del mundo! ¿qué sois ante este ejemplo de caridad benéfica y generosa? Llenos de

frases exageradas, abundantes en afectadas cortesias, y rebotando en magnificas protestas, casi siempre sois estériles en buenas obras; y cuanto más ardientes os mostrais en las palabras, tanto más inútiles os dejais ver en los hechos. No se porta así María: Ella no habla, sinó que obra; no manifiesta su afecto con periodos retóricos, sinó con hechos benéficos. Las pruebas de su caridad son los servicios reales que presta á su prima, los deberes de asistencia que cumple para con Elisabeth, y las gracias de que llena la casa de Zacarías. ¡Oh! creo muy bien, que en aquella ocasion millares y millares de ángeles, descendiendo de las celestiales esferas en coro de fiesta, entonando alrededor de la Virgen el cántico de Isaias, dirían: ¡Cuán bellos son los pies de Aquella que anuncia la paz y la gracia! (1)

No cabe duda que todo esto tenía efecto por obra de María. Atravesados los montes de la Judea, llegada al término del viaje, la ciudad sacerdotal donde Zacarías tenía su morada, una vez hubo entrado María en casa de éste, saludó á la mujer (2). Mas hé aquí que con las palabras de aquella salutacion Elisabeth queda de repente llena del Espíritu Santo (3). Elisabeth, amados hermanos, era buena, era justa, era piadosísima; pero no leemos que estuviese llena de esta gracia ántes del día en que la visitó María. Tambien su mente estaba ofuscada por las tinieblas, tambien su inteligencia sentíase oprimida por la ignorancia. Mas, apénas María ha traspasado el umbral de su casa, apénas ha abierto los lábios para saludarla, apénas el sonido de esta salutacion ha herido sus oídos, que en un solo instante, iluminada por una luz celestial, queda instruida en los más profundos misterios. Ve un Dios en las entrañas de María, ve cumplida la obra misericordiosa de la Encarnacion, ve próximas á ser rotas las cadenas de la ignominiosa esclavitud que hace á los hombres victimas del Infierno. Maravillada ante la grandeza del espectáculo de que es testigo, atónita por el honor que recibe, abismada en contemplacion altísima con motivo del estupendo misterio, no pudiendo contenerse por más tiempo, alaba á la Virgen con grandes voces. Como si hubiese oído las palabras que el arcángel dijera á María, empieza sus congratulaciones llamándola bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de su vientre, que sin duda es el principio de todas las bendiciones, y en el cual las gentes deberán ser bendecidas.

(1) ISAÍAS LII, 7.

(2) LUC. I, 40.

(3) LUC. I, 41.

Ni esta esperanza se refería á remotos bienes, ni se trataba solo de bendiciones prometidas para otra edad, preparadas para otro tiempo. A la santificacion de la madre corresponde la santificacion del hijo; y al paso que Elisabeth está llena del Espíritu Santo, Juan Bautista nace á la gracia ántes de nacer á la luz del día. Miserable como todos los hijos de Adán yacía el Bautista bajo el tiránico yugo del pecado original. Vestido de una naturaleza ciega, desarreglada, turbia, reacia al bien, inclinada al mal, é infestada por el letal veneno de la culpa, estaba muerto á Dios. Entre tanto, llega María á aquella casa, saluda á la madre de este niño, y por su presencia, por su palabra y por su salutacion inefable, el Bautista es totalmente otro. Limpio de toda ignominiosa mancha, colmado de todo dón celestial, tiene la mente esclarecida por sublimes resplandores, tiene el corazon inundado de santos afectos, y el alma enriquecida de la gracia santificante. Adornado con tantos bienes, iluminado por tanta luz, y honrado por tanta misericordia, él se regocija y alegra, porque reconoce á Dios, su Salvador, en las entrañas de María; de suerte, que en aquel mismo instante empieza á ejercer el oficio de precursor, segun estaba decretado en los eternos consejos. Todavía es pequeño, todavía es niño, está encerrado aún en el seno materno; y si bien no ha llegado á hombre maduro, lo es ya en cuanto á profeta.

De esta manera María, amados hermanos, es el instrumento de los primeros milagros que obra Jesucristo; es la canal de las primeras gracias que Dios concede. Elisabeth, que era justa y vivía irreprensible, adquiere por Ella una mayor efusion de celestiales dones, y se ve llena del Espíritu Santo; por Ella el Bautista, que vivía en desgracia por la miseria original de su concepcion, queda santificado aún ántes de nacer. Cierito que ignoramos que palabras dijera María en su salutacion, lo que sí sabemos, y de lo cual no se puede dudar, es, que la voz de su salutacion fué activa y eficaz; pero de tal suerte eficaz y activa, que produjo la santificacion del hijo y de la madre.

Si, pues, la visitacion de la Virgen fué fecunda en tan consoladores efectos, ¿no diremos que Ella es verdaderamente la Madre de las gracias, no concluiremos que es verdaderamente la generosa Bienhechora de todos? Aún cuando no tuviésemos otros motivos sobre el particular, aún cuando no hablasen de esto todas las historias y todos los pueblos, bastaría la sola visita de María á Elisabeth para demostrarnos, que Dios no nos concede nada sinó por medio de sus manos, y que de sus manos descende en provecho nuestro todo género de beneficios. Así, pues, podemos repetir, hablando de María, en el júbilo

de nuestros corazones, las palabras citadas al principio de este discurso; y lo que se dice del Hijo tenemos motivos para, con la debida proporcion, decirlo de la Madre, que derrama continuamente gracias y beneficios.

Venid, pues, hermanos míos, venid, postrémonos á los piés de esta Bienhechora, y con toda la confianza de hijos favorecidos saludémosla: Reina de gracias, Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra. Miserables hijos de Eva, á Ti clamamos, María, á Ti, que fuiste la divina reparadora de la culpa de Eva; y así como en la culpa de ésta, que nos fué madre de muerte, fué el primer latido de nuestros corazones, también en el beso de tu gracia, ya que para nosotros eres Madre de vida, sea el último suspiro de nuestros corazones. Sabes muy bien ¡oh María! los peligros que nos rodean, las asechanzas que se nos tienden, y los obstáculos que se oponen á nuestro verdadero bien en este valle de lágrimas y de miserias; ¡ah! muéstrate en tu poder, movida de tu bondad protégenos y ayúdanos. Por ser Madre de Dios, sin segunda ni á ninguna otra semejante, eres también Refugio de los pecadores, Consuelo de los tristes, Salud de los enfermos; y sé para nosotros, enfermos, tristes y pecadores, abogada nuestra: vuelve á nosotros estos tus ojos de alegría y de paz. Buena y benigna como eres, dirige nuestros pasos por la senda de la virtud, apoya nuestra debilidad en medio de las lisonjas del mundo, sostén nuestra alma en medio de las seducciones del Infierno; y pasados los días del destierro, haz que podamos ver el fruto bendito de tu vientre, Jesús. Esto es lo que te pedimos, ¡oh María! esto es lo que esperamos de Ti, seguros de ser escuchados, porque eres clemente, piadosa y dulcísima para con tus hijos.

---

## VISITACION DE MARÍA.

---

### DISCURSO II.

*Exurgens Maria, abit in montana cum festinatione in civitatem Juda.*

Levántose María, y marchó apresurada hácia las montañas y á la ciudad de Judá.

(Luc. I, 39.)

Una pobre esposa de un artesano que sale de su retiro, y atravesando las montañas parte á visitar á una prima, en cuya compañía permanece por tres meses: hé aquí, católicos, todo el objeto del presente discurso. Si hubiera de discurrir de este hecho por los principios de la oratoria profana, y por las leyes que gobiernan en los actos de esta clase, segun los caprichos de la vanidad y locura de los hijos del mundo, tendría que abandonar mi empeño, y confesar que no era este acto capaz de suministrar materia para un discurso; porque ¿qué había de decirse de un hecho tan frecuente en el trato humano? ¿Qué extraño es, que una parienta vaya á verse con otra, á quien la naturaleza la ha unido con los vínculos de la sangre? ¿En qué había de acalorarse el espíritu para dar viveza al discurso, cuando ni el aparato del viaje, ni la multitud de los sirvientes, ni la magnificencia de los compañeros, ni el estrépito de los caballos y carrozas, ni el hospedaje, ni ninguna otra circunstancia arrebatara la admiracion de los que lo observan, ni saca este acto de la comun clase de un ordinario acto de la urbanidad y política, ó tal vez de la necesidad? Pero ¡cuán al contrario no sucederá si discurremos sobre tan sencillo acto por los principios sólidos de la fé, si escudriñamos sus motivos, atendemos á sus efectos, y observamos las maravillas que le acompañan! Entónces sí que no podremos menos de conocer, que tan sencillo acto ofrece materia para infinitos discursos.